EL HERALDO

N°19 MAYO DE 2025



TERTULIA POÉTICA

MUNDIAL DE ESCRITURA ARGENTINA

CURIOSIDADES SOBRE LA LOCURA EN LA LITERATURA

Mujeres: artifices de la literatura

Indice

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

La locura es cruzar los límites de nuestra razón y entrar en un mundo donde la lógica y el sentido común no existen, se desdibujan y aparecen otros patrones de conducta que guían a la persona por nuevos caminos.

La locura en la literatura no está asociada solamente a la pérdida de la razón, sino que también puede implicar apartarse de las normas sociales y generar una ruptura, buscando la verdad más allá del orden establecido.

Uno de los ejemplos es El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde, donde el protagonista se sumerge en una vida de placeres que lo lleva eventualmente al borde de la locura, donde se refleja la dualidad entre el placer y la moralidad.

Otra de las obras que nos retrata la locura es Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, donde los personajes viven presos de su propia realidad y, en la melancolía, pierden el contacto con la realidad.

Esto y otros ejemplos de la locura podemos hallar en distintas obras literarias, lo que lleva a que sea la musa desquiciada que nos conduce por el camino de las letras y salgan a la luz productos originales de nuestra imaginación.

CURIOSIDADES LITERARIAS

LA LOCURA EN LA LITERATURA

por Michael Pérez Pino

El tema de la locura es tan viejo como el hombre y tan temido como el abismo. Sin embargo, ya sea como enfermedad real o simulada, la locura ha encontrado en la literatura un reflejo de la naturaleza de los seres humanos, un intersticio para el clamor de la verdad hiriente o una fractura para extraviarse de la realidad.

Locura y literatura son dos temas que aparecen intrínsecamente unidos, ya sea por esa frontera liminal que existe entre el genio y la insensatez, o quizá por la necesidad de poner en boca de personajes locos la verdad de una parábola, especialmente cuando se producen grandes rupturas, cambios o crisis en el mundo. Lo cierto es que, en las grandes obras que marcaron hitos en la literatura universal, el loco/la locura se convierte en símbolo, parábola o fábula para denotar un mundo en crisis, un espejo o un catalizador de la conciencia crítica de la humanidad.

A partir del siglo XVI, el loco adquirió un protagonismo dentro de las artes y especialmente en el teatro. El loco era el centro de las piezas dramáticas como poseedor de la verdad, de una verdad que, por ser censurada, no podía estar en labios de los cuerdos. El Renacimiento reivindicó el tema de la locura y el conocimiento en obras como El elogio de la locura, de Erasmo de Rotterdam, el Hamlet de Shakespeare y el Don Quijote de Cervantes. En este tipo de obras se descubre que, mientras el hombre razonable no percibe sino figuras fragmentarias, el loco abarca todo en una esfera intacta: esa bola de cristal que, para todos, está vacía; a sus ojos, está llena de un espeso e invisible saber.

Desde Edipo hasta La metamorfosis, de Kafka; los latidos de El corazón delator, de Edgar Allan Poe; hasta El loco cuerdo, de Lope de Vega, pasando por personajes mucho más comerciales como el archienemigo de Batman, el Guasón de Ciudad Gótica, la locura ha dejado su huella indeleble en la literatura, ya sea como representación del loco en sí o tras la búsqueda de una crítica contundente a la sociedad o al sistema.

La literatura latinoamericana, al igual que la universal y los clásicos, también hace gala de una gran colección de locos, llámense perturbados mentales o aquejados de melancolía, histeria o demencia. El propio Gabriel García Márquez representa el caos de un mundo con

personajes como Arcadio Buendía, el fundador de la estirpe Buendía. Otros autores como Diamela Eltit (Lumpérica, 1983), Jorge Volpi (El fin de la locura, 2004), Luisa Valenzuela (relatos en Cambio de armas, 1982), Laura Restrepo (Delirio, 2004), Ricardo Piglia (Respiración artificial, 1980), para hablar de los contemporáneos, utilizan el tema del desvariado, el loco o el delirio para transmitir mensajes sobre un mundo resquebrajado o en descomposición. Una de las obras más significativas, que marcó un hito por su concepción innovadora, fue La nave de los locos, de la uruguaya Cristina Peri-Rossi, que salió a la luz en 1984. El tema de la novela se refiere a la leyenda de navíos que conducían a los locos en un viaje sin retorno, abandonándolos a la deriva en alta mar. Sobre este tema abundan los mitos y leyendas que han surtido la literatura de los siglos posteriores, incluyendo el siglo XX.

La nave de los locos es una alegoría que juega con una constante reflexión sobre la razón y la sinrazón para acentuar su crítica. En ella no existe un personaje loco per se. La locura se da en la visión del mundo que se expone a través de los personajes. Equis, el protagonista, al igual que su nombre (“X”), implica todos y ninguno. Equis es el constante viajero. No tiene ninguna característica significativa, no sabe de dónde viene ni hacia dónde va, simplemente viaja.

Cuando la locura se convierte en una forma de razón y, de alguna manera, adquiere un sentido dentro del mundo literario, no se reconoce como locura y nos envuelve de una manera apasionante, nos distorsiona de la realidad y nos conduce en masa hacia un proceso del disfrute y el reconocimiento. La literatura opera como un espacio de redención para la locura, como sucedió en el siglo XVI, para convertirse en la conciencia crítica de la humanidad.


HABIA UNA VEZ

LA NOCHE QUE ARDIÓ TROYA

por Anniabel Martínez Gómez

– Ahí está la muy descarada, mirando otra vez a tu marido. Aprovecha que el de ella se emborracha, duerme y se emborracha de forma cíclica para vacilar a tu marido. ¡Y tú ahí, como si nada!

– Sss, calla, déjame tranquila, esas son ideas tuyas.

– Sí, ideas mías. ¿No ves que el otro día, cuando Ignacio llegó del campo, sudado, y se quitó la camisa al lado del pozo, ella estaba derretida? Se le caía la baba. Y cuando cogió el jarro y se echó agua desde la cabeza hacia abajo, ella se quitó la blusa. Se quedó en ajustadores, abanicándose con un cartón.

– ¡Cómo te gusta encender el fuego!

– ¿A mí? Sí, si fuera a mí. Como una mecha se encendió ella cuando se dio cuenta de que él sabía de su presencia y estaba haciendo todo aquello para mostrar bíceps y tríceps. Se puso entonces a hacer planchas contra el brocal del pozo y ella a tocarse debajo de la saya.

– ¡Ya cállate, chica! Me pones la cabeza mala con tus cosas. Ella es una ofrecida, pero Ignacio no hace esas cosas que dices. Ese hombre es de oro.

– Sí, sé, no digo que no lo sea. Seguro es de oro, pero ella lo sabe. Lo quiere para ella, se ha propuesto volverlo loco. El otro día lo llamó, cuando tú no estabas, para que le apretara el grifo de la cocina. ¿Quién le dijo a ella que tu marido tiene que meterse en su casa a apretar cosas? Que esperara a que llegara el de ella, de medio lado y con la botella en la mano, y le hiciera el trabajo. ¡Ponte para la cosa!

– Yo estoy puesta. Si no, le pierdo a Ignacio ni pie ni pisada. Cuando se va a bañar, le reviso el celular. Él se cree que porque tiene contraseña yo no voy a saber cuál es. ¡Mira que son bobos los hombres! Y si va a casa de la madre, lo sigo. Huelo la ropa cuando se la quita, reviso los bolsillos. ¿Tú te crees que yo soy boba? A mí no se me pasa nada.

– Sí, una cosa es él y otra es ella. Esa, dicen, ha estado con media provincia. Y como se hace la buena, con su carita de socarrona. Eso de buscarse un perro para sacarlo a pasear es una excusa para estar en la santería en el barrio.

– Pero conmigo que no se haga la loca, porque yo la estoy vigilando. Si yo los veo en lo más mínimo, hasta ese día a ella le dura la santería.

– Mírala, ¿esa no es ella, la del vestido rojo? ¡Tan flaca que está! Ahí viene con su cara de santa. ¡Sabe Dios de dónde consigue el dinero para vestir así! Porque ese cuento de que el hermano que vive en los Estados Unidos la ayuda tiene segunda parte. ¿Qué hermano es ese que nadie ha visto? Seguro que es algún querido. No me vayas a hacer caso, pero dicen que ella fue hace unos años prostituta en Varadero.

– A mí me parece que la gente habla más de la cuenta.

– Bueno, ya el tiempo dirá la última palabra. Mira, ahí viene Ignacio.

– Ay, sí, voy a llevarle café recién colado.

– Niña, no seas boba. Aprende que no soy eterna. No le lleves nada, déjalo que vaya hasta el pozo, para que veas cómo se asoma la vecina. Que no te vea. Sigue dándole a la máquina de coser, para que crea que estás entretenida.

– ¡Mírala! ¡Ahí está! Es verdad lo que me decías. Se está haciendo la que barre el patio. ¡Como yo vea a Ignacio quitarse la camisa…!

– Pues ahí lo tienes. Tú no los querías coger con las manos en la masa, ¿qué más quieres? Yo, siendo tú, entro, la cojo por los pelos y la arrastro por todo el terraplén. Para que aprenda a respetar a marido ajeno.

– No, ese espectáculo no lo voy a dar. Ella es una cualquiera, pero yo soy una dama. Tú verás cómo arde Troya esta noche.

– ¡¿Arde?! ¿Qué vas a hacer? Mira que te conozco.

– Chica, pero contigo no se queda bien. Que si soy boba, que si no me entero. Ya me enteré, ahora déjame que yo sé lo que voy a hacer.

– Bueno, tú sabes que tienes mi apoyo. Cuéntame, que yo te ayudo.

– Sss, después te digo. Por ahí viene Ignacio. Cállate, que nos va a oír.

– ¿Con quién hablas, mi amor?

– Con nadie, estaba cantando.

– Ah, voy a casa de mi mamá y después me baño. ¿Has visto mi fosforera?

– No, no la he visto. Seguro la botaste en el campo, como todas.

– No, si no llevé tabaco hoy al campo. Bueno, me voy, que me agarra tarde.

– Está bien, amor. Ay, dile a mi suegra que si tiene un poquito de alcohol me mande.

– ¿Alcohol, y eso para qué?

– Para quemar basura. ¡Dale, vete, que te agarra tarde!



EL LETARGO DEL POETA ERRANTE

por María Isabel Méndez

En esta oportunidad les contaré la historia de Camilo, un hombre cuyos pasos estuvieron en la cumbre de su carrera. Era algo solitario, pero también enamorado: de la alquimia del amor, de la vida, del aire puro de las montañas y del perfume de las rosas del Líbano, la tierra de sus padres. Apasionado explorador de lo ignoto, amador del colado amargo en las mañanas en su jardín, del whisky de las tardes en el Bar de Lorenzo, y de su querencia por los bonsáis que, con paciencia, logró cultivar durante años. Allí, en su botánico rincón, embriagado por el petricor de las tardes que anuncian el invierno, creó mágicas letras que conquistaron corazones en numerosas veladas poéticas a la luz del infinito cielo estrellado.

Camilo vagó durante años por las calles de aquella ciudad conocida como “La Cuna de los Poetas”, bajo los efectos de un sueño congelado que le hizo llevar un saco a cuestas, donde depositó periódicos, afiches, trozos de publicidad y toda clase de disparadores para un escritor.

Su parecer, aunque totalmente en abandono, dejaba ver un rostro moreno, poseedor de unos ojos verdes que cautivaban. Levemente aún se le notaban gestos fugaces de modales, como cuando, al sentarse en una acera, cruzaba las piernas con personalidad y tomaba de su saco un trozo de papel. Se le veía inmerso en esa imagen deteriorada o en esas letras anunciantes. Las acariciaba con sus dedos mugrientos, mientras las lágrimas recorrían su perfilado rostro percudido, como si algún recuerdo atravesara su débil memoria cual cometa en el cosmos.

Todos miraban a Camilo día tras día y noche tras noche, en las calles donde suenan los boleros y el tango. Con su saco a cuestas bailaba en algún rincón como si estuviera cabal. Fue amante del son de la guitarra desde niño. Se había convertido en el indigente que nadie se atrevió a echar fuera de algún negocio. Camilo se hizo la atracción más extraña en la calle de Las Susanas.

Una vez, Camilo amó. Amó con todo lo que tenía, a pesar de que por largo tiempo fue ermitaño. Logró fijarse en alguien y amó hasta gastar las reservas que guardó de sus ancestros, bienes y dinero. Amó a ciegas, sin condición. Hasta que… llegó a mendigar atención a esa persona que, con una navaja de manipulación, le abrió el pecho y le extrajo el corazón, triturando sus ilusiones, sus deseos, sus sueños en un bol de soledad.

La rubia que Camilo quiso con toda su alma… una vez también amó. Pero ya no le quedaba más amor, sino un negro dolor que iba estampando en los corazones que se le atravesaban en el camino. Adélia ya no sabía amar, sino herir, porque ya no le corría sangre en las venas. Inocente fue ella al amar, pero le asesinaron el corazón una mañana de mayo. Camilo no lo sabía, y ella nunca le habló del estigma del pasado, ni de los delirios que le provocó la paranoia por el abandono del ser a quien ella amó.

Una noche, Las Susanas —dueñas del Salón de Poetas del Eterno Bolero— se juntaron y vieron que era menester hacer germinar la semilla del amor que Camilo sembró en ellos. Era un deseo de todos por la reconciliación entre el poeta y la vida. En un intento por volver a ver brillar a aquel hombre que declamaba sus poemas al aire libre, y quien hablaba de las travesías y de los encuentros con las eruditas que conoció en otros continentes donde oyó hablar de lo sempiterno.

Buscaron la ayuda de un personal que se ocupara de Camilo y todo el vecindario se hizo cargo de los gastos que eso iba a generar. La historia de Camilo fue tan conmovedora, que llegó a los oídos de quienes conocieron su talento y, como un millón de amigos unidos en amor, fue el aplastante apoyo a la causa, la cual llamaron “Un abrazo de amor para Camilo”.

El coloso de los ojos verdes tardó dos años en volver en sí. Dos años en los que quienes lo amaban aguardaron su regreso. Y así como el amor que una vez él dio sin medida, así regresó a él. Su llegada a aquel sanatorio fue realmente mágica. Desde el primer día, las enfermeras, el gremio médico y los familiares de los pacientes estuvieron muy pendientes de su recuperación. El amante de Fito Páez y

Chavela Vargas nunca mostró agresividad; solo una mirada profunda se le dejaba ver. El pulmón vegetal de sus ojos era como un lienzo sin planchar, con garabatos queriendo ser descifrados.

Un día, hubo una visita al sanatorio. Era una mujer de algunos cincuenta y tantos, esbelta, de piel blanca y cabello rubio. Llegó buscando a aquel hombre que hacía el amor con su guitarra. Nadie sabe cómo se enteró; solo se tiene este testimonio: que el mismo amor que estaba obrando en él, la hizo regresar para saldar una cuenta pendiente del ayer. Y se sabe que era ella por el registro de su nombre en la central.

Camilo estaba en el salón de pinturas cuando ella llegó y se sentó a oír las notas musicales que salían de sus dedos. Ella lo contempló y, con tristeza profunda, le preguntó a la enfermera:

—¿Él puede entender si le hablo?

A lo que la enfermera respondió:

—Si lo que usted le diga lleva algo de amor, como el que sale de las cuerdas de su guitarra… estoy segura de que sí.

Y el destino previo de aquel poeta despertó su mente y desbloqueó su corazón al oír:

—Perdóname, Camilo. Soy Adelina, a quien tú tanto amaste y que no supo cuidar de tu amor. Estaba ciega de dolor y no podía parar de hacer daño. No sabes cómo lamenté saber que lastimé tu corazón, y que por mi culpa saliste de la realidad, huyendo a un mundo de sombras, ocultando tu luz de este mundo que necesita gente como tú. ¡Camilo, vuelve aquí, que el amor te espera! —exclamó la rubia con vehemencia—. Los años han hecho que aprenda a reconocer mis errores, y por eso estoy aquí, buscando tu perdón para tener paz. No puedo devolverte tu tiempo en estos largos años de indigencia, pero vengo a decirte que el amor que me diste no

se perdió. Fue tu entrega a mí lo que hizo que yo supiera que no se puede vivir sin amor en este mundo.

La enfermera oyó esta declaración y, como evidencia de aquel acontecimiento, se sentó a un lado de la hermosa mujer y le pidió tomar nota de sus palabras. Ella, con lágrimas sinceras en sus ojos, dijo:

—Sí.

Y eso… eso es lo que ahora ustedes están leyendo.

Y un día, ahí estaba el gran Camilo, de regreso al Salón de Las Susanas, para deleitar los corazones desbordados del amor que recibió. Sus amigos colaboraron en devolverle el brillo a sus ojos. Él tenía música en los dedos, y nadie olvidó ese noviembre en que volvió a la vida en compañía de su guitarra, que lloraba de amor y libertad en presencia de aquel hermoso arrebol.



UN MINUTO DESPUÉS DEL INSOMNIO

por Michel Pérez Pino

Una vez más doy cientos de vueltas en la cama, en mi propia batalla con el sueño. Hace horas que todos en la casa duermen, y yo aquí, como si estuviera haciendo la más difícil de las guardias. Todavía no sé cómo no me he vuelto loco. Es para encabronarse de verdad. Estaba viendo una de las series que más me gustan y apenas podía abrir los ojos.

—Oye, te vas a caer del sillón —me dijo mi esposa, burlona.

—Mira qué graciosa —le respondí—, como si tú no “pescaras” frente a esa computadora viendo novelas todas las noches.

Me acomodé lo mejor que pude y volví a dar un cabezazo. Fui al baño, me eché agua en la cara, regresé y, a los cinco minutos, ya estaba medio dormido otra vez.

—¡Está bueno ya, me voy pa’l carajo! —solté, enfurecido conmigo mismo, porque no me gusta ser incapaz de controlar mi cuerpo—. ¡Coño! El día entero trabajando, y ahora que quiero despejar, este sueño de m… no me deja tranquilo.

—Es por eso, muchacho, trabajas tanto que estás agotado a esta hora. Vete ya a dormir y no lo intentes más. Mañana será otro día.

Me fui hasta el cuarto de baño, me cepillé los dientes y me dispuse a un satisfactorio encuentro con Morfeo. Allí fue donde comenzaron mis penurias: un minuto después continuaba yo despierto, y así permanecí varios minutos más. Me viré de lado, acomodé mi cabeza en la almohada, cerré los ojos e intenté no pensar en nada.

Todos mis problemas laborales aparecieron de súbito, uno tras otro. Volví a virarme, me tapé la cabeza con un pulóver viejo y solté mi primer resoplido de la noche que prometía ser larga.

—Esa debe ser la luz que entra por el cristal que está sobre la puerta y que no me deja concentrarme —pensé para consolarme—. ¿O será el calor?

Agarré el mando de la mesita de noche y puse el ventilador más fuerte.

—¿Estás hablando solo? Mira que eso solo lo hacen los locos. ¿Tú no eras el que tenía mucho sueño? —preguntó mi esposa, entrando al cuarto.

—No sé qué coño me pasa. Hace unos minutos estaba cayéndome de sueño y ahora… ¡nada!

—Espérate, voy a apagar todo para acostarme contigo. Tú verás cómo te duermes enseguida.

Mi esposa apagó su novela turca y regresó a la cama. Se acurrucó a mi lado y, a los dos minutos, ya estaba roncando y dando esos brincos que hacen las personas que duermen a "pata suelta", sin darse cuenta de nada… y yo, en las mismas.

—Menuda compañía me hizo. Mira para eso —dije, tratando de adivinar su cara en la oscuridad—. Bueno, voy a intentarlo otra vez.

Las horas pasaron y nada. Bueno, en realidad no sabía si eran horas, minutos o segundos. A mí realmente me parecían siglos, porque no hay nada más incómodo que saber que todos están profundamente dormidos y uno en este trance. Me levanté, fui al baño y terminé en la cocina, hurgando en el refrigerador. Una maniobra totalmente por gusto, porque el aparato estaba más pelado que un plátano sin cáscara. De regreso a mi cuarto, pude comprobar que estaba en lo cierto: ¡todos dormían!

—Tengo que concentrarme. Dejar la mente en blancoooo —dije y me tapé la boca—. No quiero que todos vayan a pensar que estoy loco si me cogen hablando solo.

Respiré hondo y volví a la carga. Todo en vano… Una mezcla entre trabajo, problemas y literatura se agolpó en mi cabeza. Sí, literatura, lo que más me gusta

hacer en mis ratos libres: ¡escribir! ¿Por qué será que las mejores ideas me vienen cuando estoy en este trance de insomnio? El otro día se me ocurrieron dos poesías y la salida para el capítulo cuatro de mi novela, pero al final logré atrapar un sueñito pasajero y, cuando me levanté al otro día, no me acordaba de nada.

—Mejor me levanto y anoto. No, qué va. Si me levanto y enciendo la luz… ¡entonces sí que no me voy a poder dormir! Y mañana tengo tres reuniones. Tanto sueño que me da por el día, sobre todo después del almuerzo. ¡Mal rayo me parta, coño!

Me masajeé las sienes una y otra vez, buscando la necesaria concentración, y comencé a sentir un leve agotamiento.

—Así… sí, ya voy…

El maullido del gato del vecino, persiguiendo a su pareja por mi azotea, volvió a hacer que mis ojos se abrieran de par en par.

—A ese condenao gato, cualquier día de estos lo cojo y… No, no, a los animales no se les pueden hacer esas cosas. Caramba, si estuve a un tantico así de conseguirlo.

Mi esposa da una vuelta a mi lado, y la onda expansiva mueve la cama como un terremoto.

—¿Estás despierta? —pregunto en un susurro.

El ronquido que llega hasta mí me convence de que soy el único que continúa desvelado.

—Mañana me tomo un somnífero. ¡Tú verás si duermo o no duermo!

El sonido del ventilador apagándose me confirma uno de mis temores más recientes.

—¡Un apagón a esta hora! No puedo creerlo. Bueno, pensándolo mejor, así se despiertan todos y me hacen compañía. Creo que es la primera vez que me alegro de que se vaya la luz.

El ventilador vuelve a arrancar y me enojo más todavía. Resignado, me decido a permanecer despierto hasta que salga el sol.

No sé si fue mi batallar o el agotamiento, pero finalmente conseguí comenzar a relajarme, y mis ojos enrojecidos comenzaron a cerrarse. Me transporté a un lugar lejano y paradisíaco, donde todo me salía bien y podía dormir a placer…

Un sonido me sacó de mis pensamientos. La alarma de mi celular sonaba a más no poder sobre la mesita. Las seis en punto de la mañana. El sueño ha terminado. Comienza la locura…



LOS FANTASMAS DE MI MENTE

por Yari Morales

Te voy a contar algo que me sucedió hace muchos años. Creo que me sucedió porque yo era muy miedosa. ¡Qué te digo! Sigo siendo miedosa, pero creo que antes era peor. Sin embargo, lo que te quiero decir tiene que ver con mi forma de ser, mi personalidad. Sí, soy miedosa, ansiosa, impulsiva…

Ah, no te había dicho que cuando era niña también tenía una amiga imaginaria, por aquello de no estar sola y no tener miedo.

En realidad, lo que te quiero relatar es que yo veía cosas: fantasmas, objetos que se movían… Como consecuencia, no quería dormir sola. Mi madre se acostaba conmigo hasta que me dormía y, cuando pensaba que ya no despertaría, se iba y me dejaba solita. Entonces yo me despertaba asustada al no verla. Escuchaba cosas y aparecían los monstruos de mi clóset. Me quedaba inerte, sin poder moverme del miedo. Luego, me llenaba de valor y salía corriendo hasta el cuarto de mi mamá. La levantaba y la llevaba nuevamente hasta mi cuarto. Ella se encargaba de mostrarme que no había nada en el ropero, pero eso era porque ella estaba allí. Los monstruos solo salían cuando ella se iba.

Hoy por hoy, después de muchos años… ¡sigo siendo miedosa! Sí, lo disimulo muy bien delante de mis hijas. Ellas sospechan algo, pero no del todo. Tienen que pensar que su madre es valiente y las protege, aunque en realidad, son ellas las que me protegen a mí.

Hace poco, mi esposo tuvo que salir del país por su trabajo, y les dije a mis hijas que tenían que dormir en mi cuarto conmigo, por seguridad. No es que yo sea miedosa; lo que pasa es que descanso mejor… y sí, me siento protegida.

Ahora mismo, mientras escribo, me regaño a mí misma: Ya estás grandecita para eso.

¿Esto tendrá que ver con locura? Porque, acá entre nosotros… yo sí he pisado un hospital psiquiátrico.

Cuando cumplí dieciocho años, aprendí lo que era la depresión, todo a causa de la muerte de un amigo de la infancia. Y yo que era tan miedosa… ¡imagínate! Me volví obsesiva con mis padres. No quería que salieran. No dejaba que mi padre saliera a trabajar. Mi vida era una constante angustia. Hasta que me empezaron a llevar a los médicos:

—La pobre nena lo que hace es llorar. Siempre tiene miedo. No quiere comer y no nos deja salir —decía mi madre al médico, preocupada.

—Denle estas pastillitas. Se pondrá mejor —decía el médico.

Entonces llegaron las pastillas a mi vida: una en la mañana para despertarme, otra en la noche para dormirme y, si me ponía mal, otra más para tranquilizarme durante el día. Me convertí en una especie de zombi. Me pasaba durmiendo o tratando de dormir. ¡Suerte que fue en verano y no perdí clases!

La angustia y desesperación eran tantas que un día decidí que no quería seguir viviendo así. Los fantasmas de mi mente me atormentaban y me decían que lo hiciera, que me suicidara. Mis padres me escucharon diciéndolo a cada rato. Entonces, me llevaron al hospital. Y yo, que siempre tenía miedo, ahora estaba peor. Los fantasmas de mi mente me decían que estaría sola y que no tendría control sobre mi familia. Esos fantasmas alimentaban mi miedo y me hacían llorar más.

Ya en el hospital, los médicos dijeron que me tenían que internar en intensivo. ¿Sabes lo que es eso? Sí, con los más locos. Y yo, que tenía miedo… ahora estaba aterrada.

Me dijeron que estaría sola. Nada de visitas. Solo una llamada al día. ¡Estoy presa solo por ser miedosa!

El hospital era bonito, no lo niego. Parecía un hotel: tenía un área recreativa, piscina, billar, mesa de dominó…

Pero a mí no me llevaron a esa área nunca. En lugar de eso, me sentaban en un salón con televisión junto con otros iguales a mí… supuestamente. Ahí comprendí que yo no era tan loca… ¡había más locos que yo!

Te cuento: al llegar al cuarto, me despojaron de todas mis cosas. No podía tener joyería, ni hebillas de pelo, ni correas… En su lugar, ellos te daban la ropa que tenías que ponerte. Sí, la bata blanca del hospital psiquiátrico es verdad. Y sí, las paredes de la habitación son blancas.

Pero deja que te siga contando…

Mi compañera de habitación era una muchacha más o menos de mi edad. Yo tendría entre 18 y 20 años en ese momento. Ella se veía muy ensimismada, pero parecía inofensiva. Esa noche, al acostarme, sentía que algo me observaba. De pronto, al abrir los ojos, estaba ella mirándome fijamente a la cara, con su rostro pegado al mío.

—Yo tengo un bebé —decía, mientras simulaba estar con un bebé en brazos—. Mira qué lindo es.

En ese momento, a Dios gracias, llegó la enfermera y le dijo que se acostara y que me dejara dormir. Y yo, que siempre tenía miedo… ahora no quería dormir.

—Enfermera, sáqueme de aquí. No quiero estar con ella. ¿Está loca o qué le pasa?

Entonces me dieron más medicación para dormir. Esa enfermera se convirtió en mi sombra. Si yo iba al baño, ella se quedaba esperando en la puerta. ¡Menos mal! Mi compañera de cuarto estaba mal, y por lo menos la enfermera me tranquilizaba. Me dijo que a mi vecina “se le había subido la pulga”.

¿Qué diablos es eso?

Me explicó que muchas mujeres, al dar a luz, se ponen tan mal que se alejan de la realidad.

Pero aún falta…

Otro día, mientras estuve recluida, me sentaron en la sala de televisión y ahí conocí a otro personaje. Me cayó bien. Se veía cuerdo. Era un exmilitar. Comenzó muy tranquilo a hablarme. Me dijo que había estado en la guerra de Vietnam.

—¡Qué bien! Usted es un honor para nuestro país —le dije.

—Pero tienes que saber que vienen por nosotros. Nos van a atacar. Se los estoy diciendo a todos y no me hacen caso. Dícelo tú. Ayúdame con eso.

En ese momento, al ver mi cara de sorpresa, me cogió por los hombros y me dijo, molesto:

—¡Pero haz algo! ¡Nos van a matar! ¡Pide ayuda!

Mi enfermera sombra apareció en ese momento, me dijo que no le hiciera caso y lo regañó. Después no supe más de él. El pobre vivía todavía en la guerra… y yo, con miedo.

En ese momento, me llegó una llamada. Era mi novio. Me preguntó cómo estaba y le dije:

—¡Loca y con mucho miedo!

—No me digas eso —me dijo, preocupado.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Si por tener miedo en mi casa me van a meter más miedo en un hospital… ¡ya estoy loca! ¡Sácame de aquí! —le grité.

La enfermera me quitó el teléfono y le dijo que todo estaba bien, que era parte de la recuperación. Después de colgar, pensé: Ha de quererme mucho mi novio. Estar con una novia loca y miedosa como yo no ha de ser fácil.

Bueno, en el manicomio —digo, hospital— estuve una semana. Salí de ahí convencida de que jamás volvería a pisar un lugar como ese.

Después de varios meses, me casé. Tuve a mi primera hija y… ¿qué creen? No me subió la pulga. Los fantasmas continúan en mi cabeza, pero los he ido controlando. Ellos lo que quieren es que les dé voz. Mi psiquiatra me aconsejó que me mantuviera ocupada y que les diera voz a esos miedos. Así fue como comencé a escribir, y mis fantasmas se convirtieron en los protagonistas de mis cuentos, atrapados en papel…

Pero ahora, mientras te cuento esto, a las tres de la mañana, gracias al insomnio, siento una presencia a mi alrededor. ¡Uy! Es como una sombra que me observa. Cierro la libreta y pienso: Tal vez los fantasmas nunca se fueron.

Quizás solo esperaban.

No puedo pensar que esta vez… quizás no pueda controlarlos.

Y yo que soy tan miedosa**…**



LA DESQUICIADA

por Ariel Sosa Mansilla

En su locura infinita, la loca, desde la ventana, contempla la escena dantesca y apocalíptica de la muerte porcina. Afila su machete mientras silba la canción de Perales: “Un velero llamado libertad”. Sí, ella quiere ser libre como el aire, una vez que cumpla con la misión que le encomendó el Amo del Mal: acabar con los humanos que estaban marcados con el ocho.

Mientras pensaba y hablaba sola, sus pupilas iban de un lado a otro, viendo cómo su amor imposible, Sombra de Alambre, paseaba con su perro Firulai por la plaza central del suburbio.

Sombra de Alambre, llamado así por ser una persona delgada y de tez negro oscuro, husmeaba con su perro los tachos de basura para hallar algo de comer en el día. Un shuriken, con vuelo rasante, se clavó en el pecho del indigente, y una segunda estrella ninja se incrustó en la cabeza del hombre. Este comenzó a gritar de agonía, mientras la sangre se derramaba en la calle.

La loca, al ver a su enamorado caer, saltó por la terraza para salvar a su ciruja amado.

El olor a mugre y basura comenzó a atraer a las moscas. La loca corría a toda velocidad por su amado caído, mientras Firulai se tomaba la sangre del herido que corría por la calle. Aquel gusto a sangre despertó el instinto salvaje del can, quien, cegado por el hambre, se lanzó sobre la pierna del herido y comenzó a masticar.

La loca, con el machete en mano, al ver el ataque del perro al herido, de un solo golpe seco y certero partió al animal en dos, dejando descuartizado el cadáver del perro.

Mas no se dio cuenta de que un ninja la acechaba, y recibió un fuerte golpe por la espalda.

Ella trastabilló, cayendo de bruces sobre el charco de sangre. Rápido se levantó para repeler el ataque con el machete, mas tres tiros se escucharon y las balas se incrustaron en la frente y en las cuencas de los ojos de la loca, quien cayó sin vida como un pelele, bañada en sangre.

Una risa siniestra se oyó en las cercanías: era Alejandro De La Vega, el Amo del Mal, quien venía a enmendar el daño colateral provocado por confiar en una desquiciada.



¡NOSTALGIA!

por Zulay Yánez

El sol caribeño de Siquisique, aquel agosto, era un abrazo sofocante, incluso al atardecer. Recuerdo el aire denso, cargado del aroma dulce y punzante de los mangos maduros y los mamones que vendían en cada esquina de la plaza Bolívar; los mangos de la abuela… Cómo olvidar las jaleas que desde pequeña degustaba.

Yo caminaba sin rumbo fijo, cabizbaja, somnolienta, la cabeza gacha, arrastrando una pena reciente, un adiós que me había dejado un nudo en el pecho; un adiós que había roto mi risa como cristal, quedando incrustada cada astilla cual si fueran diminutos granos de escarcha en el fondo del corazón. La sensación de que la vida se había vuelto un disco rayado me alejaba de la realidad.

Me detuve frente a una pequeña librería de viejo, sus estantes desbordándose de historias olvidadas. El polvo bailaba en los rayos oblicuos del sol que se colaban por la puerta entreabierta. Un libro de lomo ajado, con letras doradas casi borradas, me llamó la atención. Lo saqué con cuidado y leí el título: El jardín de los senderos que se bifurcan. Nunca había oído hablar de él, pero sentí una punzada de curiosidad, una pequeña grieta en la muralla de mi tristeza.

Mientras hojeaba sus páginas amarillentas, un anciano de ojos vivaces y manos temblorosas se acercó.

—Ah, Borges —dijo con una sonrisa nostálgica—. Un laberinto de palabras, ¿verdad? La vida misma.

Empezamos a conversar, primero sobre el libro, luego sobre la vida, sobre las decisiones que tomamos y los caminos que dejamos atrás. Me contó historias de Caracas, de sus calles laberínticas y de cómo cada esquina guardaba un secreto, una posibilidad diferente.

Hablamos durante horas, hasta que la luz del día se desvaneció por completo y la librería quedó iluminada por una tenue bombilla. Me habló de la belleza de las despedidas, no como finales absolutos, sino como puntos de inflexión que abren nuevas sendas. Me dijo que, a veces, lo que parece un final es solo el inicio de algo inesperado, un giro en el sendero que no habíamos previsto.

Me fui de la librería con el libro bajo el brazo y una sensación extraña, una mezcla de melancolía y una incipiente esperanza. Al doblar la esquina, vi un pequeño local de música en vivo del que salían las notas vibrantes de un cuatro. Me detuve en la puerta y escuché la melodía alegre y melancólica a la vez, tan propia de esta tierra.

Fue entonces, en medio del bullicio de la noche caraqueña, con el eco de las palabras del anciano resonando en mi mente y la música llenando el aire, que entendí: la despedida que tanto me dolía no era un punto final, sino una bifurcación en mi propio sendero. El encuentro casual con el librero, la lectura de Borges, la música en la calle… Todo se había entrelazado para mostrarme que la vida, como un laberinto, siempre ofrece nuevas direcciones, giros inesperados que, aunque a veces duelan, nos llevan a lugares que nunca hubiéramos imaginado. El verdadero sentido de aquel adiós no estaba en la pérdida, sino en la apertura a un futuro aún desconocido, lleno de posibilidades latentes en cada esquina de esta vibrante ciudad.



MÍTICA RÍTMICA SANTA MARÍA LA RIBERA

por Gabriel Mancebo

Complejos de conciencia avanzada tocaron el piso y le dieron un nivel de misticismo que aún te topas en sus calles seguras, por la noche, mientras sus raíces eran estimuladas para que dieran fruto a una colonia ordenada, mágica. Multicultural.

En el principio, su corazón estaba vacío. La colonia caminaba sin un pulso y con un dolo de pobreza. Fue lento su desarrollo. Parecía que perecería. Fueron momentos de tensión donde el olvido casi se convertía en su apellido. Afortunadamente, respiró.

El esquema fue tejido de manera exacta; es una de las pocas colonias que forma un cuadrado perfecto en esta magnífica ciudad. Imagina al cielo descargar su lluvia para hacer palpitar la colonia, truenos que pedían que reaccionara, pues viva ya estaba. Se mantenía pobre, pero latente. Con el tiempo, los árboles comenzaron a colorear sus calles, mismas que ya tomaban un sentido, aunque eran de doble sentido… pero no de albur, sino de tránsito. Don Chencho iba para Sabino y doña María iba de regreso a casa, ubicada en Naranjo.

Hubo un concurso del que nació el kiosco morisco. Fue presentado en una exposición; era armable, por lo cual su traslado se hacía sencillo. Inicialmente se colocó en la Alameda Central; con la creación del Hemiciclo a Juárez, lo movieron a Santa María la Ribera. Fue ahí donde: “¡Está viva!” La colonia ya palpitaba, los camiones transitaban sus calles como sangre por tus arterias, y eso comenzó a darle presencia. La economía, cada vez más activa.

Aún se bordaba su carácter en las vecindades, en la cancha donde se echaban la cascarita, en la corretiza de los problemas, en el grito de los primeros comerciantes que ponían los cimientos en las calles llenas de grava. El tren cruzaba toda la colonia, llevando de paseo a todas las personas, propias y ajenas a mi bella Santa María la Ribera. Y con los años se fue llenando de belleza. Hoy las jacarandas son el resplandor que le da luz a laP colonia.

Parece que la gentrificación está haciendo estragos. Hoy, en 2025, la colonia se aferra, se adapta y continúa. En su mejor momento decían que se podía morir en manos que no fueran de los vecinos o nacidos ahí, que todo subía de precio a la misma velocidad con que aumentó su crecimiento.

No importa. Hoy recordamos su edificación, de principio a fin, cuando Tláloc parecía bendecir con su lluvia para que los frutos se dieran. Y qué es hoy… la colonia más linda. Todos hablan de la Condesa, de Tepito, de la Roma, de

Polanco. Pero la verdadera magia, el corazón de las colonias, yace en Santa María la Ribera.

Resulta que Gaia era fecunda en esta parte de su ser. Si entras ahí, puedes oler su múltiple actividad: desde los que se ejercitan hasta los que sueñan en sus bancas o resuelven sus problemas dialogando, hasta por las redes sociales. El sol le da sus rayos más brillantes, le entrega su energía más llenadera, sin olvidar que el cielo se hace en la Tierra.

Se han grabado películas icónicas, nacionales y extranjeras, aquí. También es la cuna de varios artistas y promueve la libertad de expresión.

Eso dependerá solo del tiempo.



UN ETERNO AMOR

por Juan Carlos Baxin Pelayo

En una tarde de Año Nuevo, Helen se hallaba escribiendo sus memorias. Plasmaba sus días simples con tintes de osadía y emoción. Era su pasatiempo favorito: inventar historias interesantes a partir de su cotidiana rutina.

Una mañana, observó un camión de mudanza detenerse casi frente a su casa, y escribió sobre ello de una manera algo extravagante. Un auto más se detuvo y, de este, descendió una familia con un chico de la edad de Helen. Dejó de escribir y observó todo lo que pudo. Sus días sencillos habían terminado.

Aquel chico ingresó a la misma escuela que ella. No demoraron en conocerse. Su nombre era Mateo. Había cambiado de residencia al menos cuatro veces en el último año. Era callado y tenía un gusto por el básquet. Pasaban juntos mucho tiempo; disfrutaban mucho la compañía del otro.

Una tarde, conversando sobre dónde ir a la universidad el próximo año, a Helen se le cayó por accidente su diario y Mateo lo leyó sin saber lo que era. Le dijo lo interesantes que le resultaban sus relatos. También alcanzó a leer lo que escribió en aquel preciso momento cuando él llegó al pequeño suburbio. Helen, avergonzada por exagerar en sus historias, se lo arrebató. Rieron hasta las lágrimas. Mateo le sugirió publicarlas. Helen se negó: lo consideraba una locura. Era su diario, algo íntimo. Él dijo que lo pensara, que no debía hacerlo exactamente al pie de la letra.

Pasaron los meses y los lazos se hicieron más fuertes. El círculo de amigos creció y, con ello, las aventuras. Un día, el padre de Mateo le regaló un auto usado como obsequio de cumpleaños adelantado, con la excusa de que lo necesitaría cuando ingresara a la universidad. Una tarde, Helen lo esperaba para ir con dos de sus amigos a la feria. Mateo prometió llegar rápido, ya que fue a dejar a su madre al médico por un chequeo de rutina. De regreso, mientras esperaba la luz verde del

semáforo, un camión se descontroló y golpeó varios autos. En uno de esos iban Mateo y su madre.

Helen y sus amigos esperaron impacientes. Mateo no regresó como había prometido. Vieron al padre de este llegar rápidamente, desesperado; ingresó a la casa. Helen corrió y preguntó por su amigo. El señor Barres lucía muy preocupado. Mencionó que había sufrido un accidente. Sin meditarlo, Helen suplicó ir con él.

En el hospital todo iba mal. El mayor impacto lo recibió en la cabeza; una hemorragia interna complicó todo. Su madre estaba fuera de peligro, pero también sufría por el estado de su hijo. Helen no podía creerlo. Los médicos mencionaron que solo un milagro podría salvarlo. El tiempo se agotaba.

Dos días más pasaron entre angustias y desesperación. Por la mañana, Helen vio, a través de la ventana, una carroza fúnebre estacionada en el patio de la casa de Mateo. Espantada, se dirigió a la sala. Sus padres murmuraban en la cocina. Ella presentía lo peor. No quería escuchar, no quería salir, pero necesitaba ir a casa de Mateo. Caminó sin saber cómo; llegó hasta la puerta de su amigo, que estaba entreabierta. El llanto de la madre de Mateo se escuchaba cada vez más fuerte conforme avanzaba. Al verla, la abrazó, pidiendo que no fuera cierto. El padre explicó, entre lamentos, que nada pudieron hacer los médicos.

El cuerpo de Mateo llegó una hora después. Helen esperó en el jardín. Recordó el primer día que llegó al suburbio, que llegó a su vida y lo cambió todo. Recordó el diario, su diario. No podía describir, y mucho menos escribir, ese momento como acostumbraba a hacerlo con las cosas simples de la vida, ya que ese día y aquel momento eran indescriptibles.

Una vez colocado el féretro en la sala, Helen se acercó y lloró, preguntando al viento por qué a él, por qué precisamente en ese momento, en esa calle, en ese semáforo. Rogó que no la dejara y le prometió publicar su diario tal como él le

aconsejó si se despertaba, porque para ella, en ese momento, él dormía. O quizás era ella la que estaba en un sueño.

Las semanas pasaron rápido. Los padres de Mateo se mudaron de nuevo, no sin antes darle el diario de su hijo a Helen. Creían que era algo que le pertenecía más a ella que a ellos, porque en cada página Helen era la inspiración, tanto para escribirlo como en su día a día.

Cuando Helen lo leyó, descubrió que él la admiraba mucho y que comenzaba a enamorarse de ella por sacar, de lo sencillo y simple, todo lo maravilloso. Se le abrió más la herida al recordar cada momento que pasaron juntos, porque él también le gustaba. Lo quería. Sin meditarlo mucho, tomó la decisión de publicar su diario tal como él se lo aconsejó, porque muy en el fondo sabía que se lo debía a Mateo y, además, era su idea.

Del diario de Helen, ella publicó cinco libros, todos exitosos, uno tras otro. Cada vez que daba un autógrafo lo firmaba con el seudónimo Maty H., en honor a la persona que se juró amar por siempre. El diario de Mateo, Helen lo lleva siempre con ella. Quizás algún día se anime a darlo a la luz… o tal vez no. Eso dependerá solo del tiempo.



LOS HILOS DE UN SASTRE: TEJIENDO RECUERDOS DEL PUERTO

por Kattia Palacios

Mi viejo es aquel quien no me dio la vida, pero me enseñó a ser lo que soy. Mi abuelo, don Guillermo, “Memo el sastre”, nació en Monimbó, Nicaragua, hijo de una chola y un criollo. Inició estudios de secundaria en el Salesiano y, por designios de su padre, sus manos aprendieron el arte de la aguja, formándose como sastre. A los diecinueve años, buscando nuevos horizontes, Memo llegó al Puerto, donde conoció a la mujer que sería su compañera y la madre de sus hijos.

El llamado de un mejor futuro trajo a mi viejo y a mi abuela a este rincón del mundo. Aquí, Memo dejó su huella trabajando en la construcción de la Interamericana y en los extensos campos bananeros de Golfito. Cuando yo nací, ya era un sastre reconocido en el Puerto. Su pequeño taller, ubicado en nuestra casa, en una calle bulliciosa cerca del mar y con el manglar de frente, era un hervidero de conversaciones y el traqueteo constante de la máquina de coser. La plaza “Las Playitas” fue testigo de las visitas de personas de alta alcurnia y empresarios locales que lucían con orgullo sus pantalones impecables, un sello de distinción en los eventos sociales del Puerto. Incluso algunos pescadores y trabajadores portuarios acudían a él para tener una vestimenta digna en ocasiones especiales. Este Puerto, que hoy recibe con orgullo a cientos de turistas, antes solo veía llegar y partir mercancías por el muelle de cruceros, guardando secretos que el viento arrastra desde tiempos ancestrales.

Mientras crecía, atesoraba sus relatos de Nicaragua, pero más aún los recorridos por el Puerto. Lo veía dibujar patrones con una precisión asombrosa, y a veces era su joven mensajera, llevando sus creaciones a los clientes. La verdadera ganancia era el tiempo a su lado. Muchas veces, camino al mercado municipal, con el olor a salitre y pescado fresco en el aire, me recitaba versos de su amado Rubén Darío o fragmentos de Los Miserables. Con tristeza, recordaba cómo una tromba marina, un evento que aún resonaba en la memoria de los más viejos del Puerto, se había

llevado su ejemplar cuando mi madre y mis tíos eran niños. En mis tiempos de estudio en la universidad, los recuerdos de giras de campo llenan mi memoria, aunque entonces no se podía borrar una foto mal tomada.

Los domingos, bajo la sombra del almendro frente a nuestra casa, compartíamos café y empanadas de picadillo. Me instaba a seguir mis sueños: “Persigue tus sueños y no dejes que nadie los empañe”. Además de impulsarme a soñar, me enseñó a ser cautelosa con mis amistades y a no permitir que nadie me humillara. La música llenaba esos momentos de tertulia. Aunque mi padre no estuvo presente, mi viejo siempre lo fue todo para mí. Como dice el dicho: más padre es el que cría. Recuerdo sus palabras: “No escuches a la gente, escucha tu corazón”. Su sabiduría, como los hilos de sus pantalones, se entrelazó con mi propia historia y con la identidad de este Puerto que tanto amamos. Amo este país porque aquí nací, crecí y aquí moriré. Amo este país porque ser costarricense lo llevo en la sangre, es algo que siento profundo.

Algunas veces, mi viejo se iba a compartir con sus amigos o conocidos al “Bar El Tueno”, que por cierto ya no existe. Regresaba a casa caminando; el trayecto de tres cuadras se hacía difícil en el estado etílico en el que terminaba. No era muy bebedor, ya que era una persona muy entregada a su oficio y respetuosa de sus clientes. Caminaba en zigzag; parecía sostener los edificios con sus manos. Los vecinos, preocupados, llamaban a mi abuela:

—Doña Flora, allá viene Memo casi cayéndose.

Mi abuela negaba enfurruñada y me pedía:

—Ve a traer al viejo.

A mis escasos diez años era flaca como un fósforo; sin embargo, corría en busca de mi viejo querido. Apoyaba su brazo en mis hombros, nadie entendía quién cargaba a quién, porque a duras penas podía sostenernos. Caminábamos por las

calles hacia la casa; las paredes del antiguo Hotel Cantillo fueron testigos de aquellas aventuras. Mi amor por mi viejo me daba fuerzas.

Al llegar a casa, lo ayudaba a sentarse en la sala, le quitaba los zapatos de charol café y las medias. Luego, mi abuela me entregaba su plato de comida y le ayudaba a comer porque se le perdía la boca. Recuerdo que cuando me despertaba en la madrugada para ir al mercado –le gustaba llegar apenas lo abrían, según él, para encontrar la mejor fruta, la mejor verdura y la carne fresca–, los tramos del mercado eran testigos silenciosos de historias contadas por sus propietarios. Además de su amor, también recibí sus castigos; de ellos aprendí lecciones que aún están en mi memoria, formando parte de lo que soy.

El edificio del Estanco, que aún perdura, me recuerda las veces que fuimos a comprar las ollas de mi abuela. Mi abuelo regateaba con el chino por el precio, que le parecía caro; no obstante, siempre fueron amigos. A mi memoria viene un recuerdo: mi viejo tenía un amigo venezolano, dueño de una soda donde se tomaba la mejor resbaladera. Aún la siento en mi paladar: sabe a leche, a canela y a recuerdo. Esta soda quedaba en la esquina norte del Liceo José Martí; mi abuelo aprovechaba para hablarme de lo importante que era estudiar y que lo haría en ese liceo, y así fue. Nuestro punto de partida será justo aquí, en este instante, en esta conversación.

Siento una suerte de calma expectante, como la brisa suave que a veces entra por las ventanas de las casas cercanas al mar.

Viendo hacia el horizonte, solo quedan los recuerdos. Mi viejo ya no vive físicamente, pero sí vive en mi memoria. Amo a mi país mientras veo desde mi ventana el saludo majestuoso del manglar lleno de vida.


Meta AI

SÁBADOS DE FIESTA

por Daymi Pacheco Avellanes

El Marino le pusieron por nombre a aquel batey, nadie sabe por qué. Jamás anduvo por esos lares alguien que tuviese semejante profesión, y tampoco estaba cerca del mar, así que aún está por descubrir el origen de semejante nombre.

Era un asentamiento de gente humilde, trabajadora. De allí pocos salieron universitarios, pero fiesteros y bebedores, muchos. La agricultura era el sustento de la mayoría; otros agraciados lograron abrirse paso en la vida y no tuvieron que ganarse el salario trabajando la tierra. Esta servidora fue una de esas elegidas por la venia del Señor. Lo cierto era que, mientras cada uno trataba de salir adelante de la manera que le parecía mejor, un día a la semana lo dedicaban a darle gustos al cuerpo: el sábado.

Rayando el sol del día más esperado por todos, comenzaban los preparativos. Al atardecer comenzaba la rumba.

Las bebidas eran la especialidad de la casa, disímiles en sus nombres y semejantes en su procedencia y reacción; había desde Sonrisa de león, Voy que te parto el hígado, hasta Espérame en el piso. ¡No será necesario explicar cómo eran las resacas de semejantes tragos!

La figura emblemática de aquellos festejos era Miriam. Muy agraciada no era la dama, pero tenía buen cuerpo y bailar era su pasión. Cuando la música sonaba, comenzaba a culear con cuanto hombre estuviera cerca. No pocos fueron seducidos por el estrepitoso meneo de aquellas pompis. Merejo no fue la excepción: hombre matelvo, solitario, que no había conocido en sus cuarenta años a mujer alguna, salvo las que habitaban en sus sueños. Cuando se bebió tres vasos del famoso alcohol, quiso probar el elíxir de aquel baile tan sensual y fue tras Miriam; ella, perdida también por la bebida, continuó su movimiento de

caderas mientras Merejo tomaba posición detrás del rimbombante ir y venir de aquel cuerpo que tanta excitación le provocaba.

Comenzó el señor a mover su cintura, totalmente descoordinado, y a estremecer su cuerpo de manera extraña. No quedaba claro si aquello era un baile o una imba que le estaba dando. La damisela continuaba dando lo mejor de sí, hasta que Merejo puso los ojos en blanco, comenzó a echar espuma por la boca y ¡cataplum!, para el piso.

Entonces se armó tremendo jelengue. Llegó la barbichona, que no era otra que la vieja Macho Pérez, madre del casi occiso. Viendo a su hijo en el piso, comenzó a gritar:

–¡Traigan un milordo, traigan un milordo, coño!

Sendas galletas en la cara pusieron a Merejo en este mundo otra vez. Al abrir los ojos, miró a Miriam embelesado y sonrió, a la vez que salía de su boca una baba espesa. Una tercera galleta de su madre casi lo lleva de vuelta al mundo de los muertos.

–¡Sigue detrás del culo de esta guaricandilla, que te vas a morir, pedazo de mentecato!

Acto seguido, agarró al convaleciente por una oreja y se lo llevó a rastras.

Cuando madre e hijo desaparecieron en la oscuridad de la noche, todos comenzaron a reír. Miriam, dándose escorfina en el ombligo por haberle propinado semejante patatús al pobre hombre, y el resto, empinando el codo hasta perder la conciencia.

En una esquina, Guillermo observaba tranquilo: “A mis hijas las quiero lejos de este antro de perdición”.

La más pequeña de sus pupilas soy yo.


IHAPPY FAMILY PARTY
Meta AI

DRAGÓN AZUL

por Ariel Sosa Mansilla

Después de recorrer cientos de kilómetros provenientes de una pequeña aldea china, Yun, un joven de veinticinco años, decidió probar suerte y demostrar a su familia que era digno de portar la espada de su padre, el extinto general Chun Kong. Declaró ante los jefes de su aldea que subiría la montaña más alta de China: el Karakórum, más conocido como el K2, cuya altura es de 8611 metros sobre el nivel del mar y es la segunda montaña más alta de la cadena del Himalaya.

Se hallaba sobre la falda del gigantesco centinela de piedra. Miró hacia arriba y, a lo lejos, se hallaba la cima de la montaña.

—¡He hecho un juramento, padre, y lo cumpliré!

Comenzó a subir la montaña por caminos escarpados. En su camino se encontró con pastores nómadas, quienes se hallaban cuidando a sus cabras y saludaron al joven con amabilidad mientras avanzaba.

Aproximadamente al llegar a los mil metros de altitud, se halló con un pequeño templo tibetano, aparentemente abandonado. Al llegar al sitio en cuestión, vio a un monje vistiendo una túnica de color naranja y totalmente calvo, acompañado de una joven mujer.

Ambos se percataron de la presencia del extraño forastero que había arribado al lugar. El monje miró a Yun con los ojos entrecerrados y dijo:

—Buenas tardes, joven. Resulta extraño ver a alguien por estas alturas.

—Buenas tardes, monje. Estoy de paso en este lugar, me dirijo hacia la cima.

—¿Vienes en busca del Dragón Azul? —preguntó la mujer.

—¿Dragón Azul? No sé qué es.

—Todo el que llega aquí viene para obtener los poderes del Dragón Azul.

—Yo no vengo por eso. Solo quiero demostrar mi perseverancia y que soy digno ante mi familia y mi pueblo de usar las armas que eran de mi padre.

Al escuchar las palabras de Yun, el monje descubrió en el joven a una persona desinteresada y digna de la virtud de la perseverancia.

—Vas a lograr tu objetivo. Pero deberías acampar porque ya se aproxima la noche y el frío comienza a hacerse sentir. Me llamo Mao y ella es mi hija, Liazg.

El joven posó su mirada sobre la hija del monje, y esta se ruborizó al darse cuenta de que era observada.

—Mi nombre es Yun.

Hechas las presentaciones, el monje invitó a Yun y a su hija a cenar. Luego de charlar durante un rato largo, se despidió de ellos y fue a descansar.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol, se levantó, desayunó, preparó sus cosas y emprendió su marcha, despidiéndose del padre y la hija.

—Cuando regreses, pasa nuevamente por aquí para saber cómo te ha ido —dijo de manera enigmática el monje.

—Así será, pasaré por aquí.

La joven se despidió, mientras su mirada se perdía entre las rocas que marcaban el camino de ascenso hacia la cima. La voz de su padre la sacó de su abstracción.

—Volverá, y tú tendrás mucho que ver en su futuro.

La mujer iba a preguntar, pero su padre hizo una señal que indicaba silencio.

—No preguntes, el tiempo contestará tus inquietudes.

Yun dejó atrás el templo tibetano y continuó con su ruta durante varios días bajo el rigor del frío y del viento que no cesaban.

Cuando sus fuerzas ya parecían desfallecer, una luz azul pareció brotar del cielo y, a los pocos segundos, delante de sus ojos apareció la imagen de un gigantesco dragón azul.

—Yun, hijo de Chun Kong, has adquirido la virtud de la perseverancia, la resistencia y el tenor ante la adversidad al llegar hasta aquí, hasta mis aposentos, y eso te hace digno ante mis ojos.

—Este… yo…

—A partir de ahora eres un celestial. Tendrás poder sobre las tormentas y el viento, portarás la espada de Orión, y lucharás por la justicia, no en China, sino más allá del Himalaya, donde serás mi paladín.

—La espada de mi padre, yo…

—Tu padre estaría orgulloso de ver lo que su hijo ha logrado.

Dichas estas palabras, el dragón lanzó un haz de luz sobre el joven, quien, segundos después, salió vistiendo un uniforme azul con una espada plateada y en sus manos grabado el tatuaje de un dragón azul.

—Ahora vuelve al templo tibetano y allí comenzarás tu entrenamiento.

Dicho esto, el celestial emprendió su camino de regreso.


Meta AI

RESEÑA LITERARIA

RESEÑA: EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS, DE LEONARDO PADURA.

por Anniabel Martinez Gómez

Iván, aspirante a escritor y ahora responsable de un paupérrimo gabinete de veterinaria de La Habana, recuerda sus encuentros con un solitario personaje que solía pasear por la playa en compañía de dos galgos. Gracias a las confidencias de ese hombre, Iván puede reconstruir las trayectorias vitales de León Trotski y de su célebre asesino, Ramón Mercader, y de cómo se convirtieron en víctima y verdugo de uno de los crímenes más reveladores de la historia.

En una narración elaborada en torno al recorrido en el exilio de Trotski y su confluencia en México con Mercader, Padura expone su visión de la historia contemporánea cubana y general. La novela solventa las lagunas en la misteriosa vida de Mercader con una elaboración creíble de este oscuro personaje a través de historias paralelas. Traza la huida de once años de Trotski de Stalin. Stalin quería una matanza salvaje y “espectacular”, no un simple envenenamiento, como el que ordenó para el hijo de Trotski, pero el 20 de agosto de 1940 Mercader le clavó un piolet en la nuca.

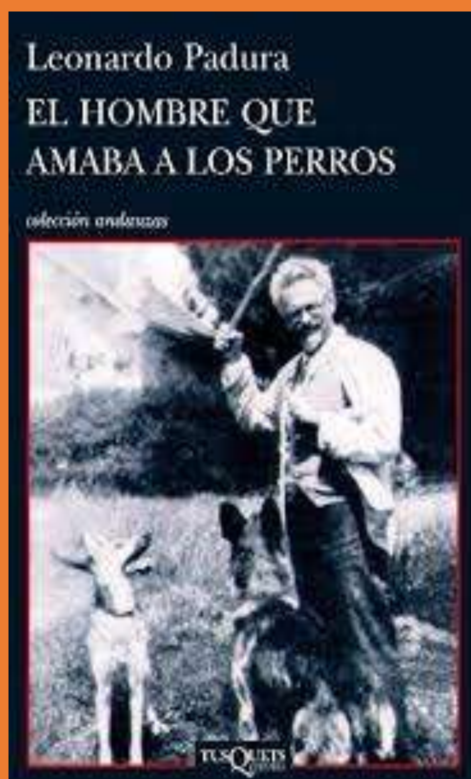
La novela fue finalista del Premio del Libro del Año en España y traducida a varias lenguas. El hombre que amaba a los perros es una apasionante obra de dos personajes muy singulares y, al mismo tiempo, una inquietante indagación histórica en las razones por las que se pervirtió la gran utopía del siglo XX.

Leonardo Padura (La Habana, 1955) ha publicado ensayo, cuentos y novelas. Es conocido sobre todo por la serie de novelas policiacas protagonizadas por el detective Mario Conde, merecedoras de premios como el Café Gijón 1995, el Premio de las Islas 2000 y el Premio Hammett 2005.

El lenguaje que emplea parece un rezo o un hechizo. Sosa no cuenta una historia, sino que te mete en su corazón, hablando de querer volar, de amores que no se tocan y de pelear con los demonios de adentro, todo con palabras que suenan a catedral.

Si bien puede sentirse pesado en ocasiones, la realidad es que es una obra que vale la pena leer, ya que es la autora gritando al mundo: ¡Chíngate!

Gracias a Vane por concederme el honor de leer en primera mano su libro. Espero que a ustedes les guste tanto como a mí.


Leonardo Padura
EL HOMBRE QUE
AMABA A LOS PERROS
colección andanzas
TUSQUETS




TERTULIA POÉTICA

DESVARÍOS

por Michael Pérez Pino

Incoherencia…
Palabras incoherentes
que se enredan
en constantes desvaríos.
Caen al suelo sustentos y desmanes.
Se rompen los adornos.
Pierdo el sentido del tiempo y el espacio.
Olvido hasta mi nombre
cuando tus ojos me miran.
Temblores,
incoherencias...
Nervios que afloran ante el magnetismo
de un cuerpo alucinado.
Loco por ti.
Así vivo…



QUIERO HACERTE EL AMOR

por Daymi Pacheco Avellanes

Quiero hacerte el amor…
Quiero hacerte el amor, quitarte la ropa,
y amarte sin prisa, una noche loca.
Quiero besarte los labios y besar tu piel,
sentir tu cuerpo y fundirme en él.
Dormir contigo una noche anhelo,
sentir tus manos jugar en mi pelo,
hacerte mío sin ningún remordimiento,
y calmar esta sed que a veces yo siento.
Quiero hacerte el amor solo una vez.
Si tan codiciado eres, puedes irte después,
pero antes, ámame un poquito,
no me dejes con ganas, lo necesito.
Apaga este fuego que llevo por dentro,
calma esta lujuria que a veces siento.
No hablemos del amor, si un día existió;
amémonos sin prisa y digamos adiós.



SIMULANDO SER POETA

por Esperanza Renjifo

Me creí poeta, amasando letras en el mapa de los anhelos,
recitando tinta en la lengua de mis insomnios;
en las ganas de tus sonrisas…
entre las horas maduras de tus sueños.
Hasta moldeé versos con arcilla de tus cielos…

Hilvané vísperas del día de mañana sin etiquetas.
Reuní sílabas en todas las líneas y en todos los espacios,
donde los suspiros son capaces de acariciar los sueños,
como un verso que danza al son de la nobleza del viento.
Por eso, hoy escribo con tinta permanente.

Agonicé en cada estrofa, robando la esencia pura y temprana.
Me sorprendí siendo la misma voz que me previene,
y aquello que en mi vida está, y lo que me sostiene,
alzando en el aire un mismo sueño que gime ligero
entre metálicos parpadeos que titilan devoción en cada verso.

Me enjuicié entre guiones y me convertí en palabra.
Navegué entre rimas milenarias que perduran en el tiempo,
más allá del grito de contracción anunciando la palabra viva.

Sobrevolé la piel de los vientos cálidos, en poros generacionales
que bordan poesías anunciando mi paso… simulando ser poeta.
Repto encarnada, enhebrándome en la volátil transparencia
de tu dimensión divina, con la que anidas mis recodos,
junto a la cándida flor que furioso huracán precipita,
embriagando mis sentidos y cautivando mis sentimientos

en el seno de la magnificencia plasmadora de la palabra.

Mientras tanto, yo… sigo simulando ser poeta,
personificando metáforas sensoriales
de los perfumes que exhalas en la brisa aromada,
resaltando la magia y el encanto
que se enreda en mis pensamientos…



INVIERNO

por Anniabel Martínez Gómez

Yo no te conozco bien,
apenas las tardes grises,
que tanto me gustan,
con el soplo escurridizo
frío de la ventana.
Te he visto apenas
desde la llanura desierta,
irreverente, austero,
dueño de los paisajes
más disímiles.
Guardas las almas
calientes de los enamorados
entre el susurro ardiente
en un beso suave,
abrazo cálido, abrigo,
ropa del cuerpo desnudo.
Aunque apenas llegas,
espero siempre tu ardor
en los labios, caminar
despacio, soñar volando
en los parques donde
se instaura el olvido.
No sé quién eres,
pero te extraño,
y cuando apenas llegas
te arropo, amigo,
dichosa de haberte tenido.



POEMA ABURRIDO

por Ariel Sosa Mansilla

Escribo versos sin alma y vida,
letra muerta de un epitafio
de un amor no correspondido,
lluvia estéril en tierra yerma
donde la pena se apodera del alma
del atribulado.

Alma errante en las calles de cemento,
donde nadie te ve ni te oye,
porque vas gimiendo con tus cadenas,
tratando de escapar de tu infierno.

Poema aburrido les dicen a mis versos
porque no están inspirados en la IA,
sino en mi musa griega que me asiste
para escribir estas letras, en señal de protesta
por querer imponer la tecnología, y me resisto
a ser una pieza artificial del monstruo llamado
inteligencia.


MUJERES: ARTIFICES
DE LA LITERATURA

LA IMPRONTA DE UNA PLUMA

Por María Isabel Méndez

Lucila Godoy Alcayaga, más conocida por su seudónimo Gabriela Mistral, fue una destacada poetisa, educadora y diplomática chilena. Nació el 7 de abril de 1889 en Vicuña, Chile, y falleció el 10 de enero de 1957. Es una de las figuras más importantes de la literatura latinoamericana y universal.

La mujer que ha alzado su mirada a vastedad de lo que le apasiona, inevitablemente ha trascendido. Tal es el caso de quien ahora menciono, al igual que otras figuras femeninas que ya hemos explorado. Gabriela y su Poesía se han mantenido a través del tiempo. y es que sus palabras denotan sentimientos a la hora de ser leídos, su sensibilidad se deja ver en cada frase. el Poeta a la hora de derramarse en una hoja en blanco experimenta distintas sensaciones y es allí cuando surge bien sea: "El trabajo creativo o la inspiración de la musa" cual sea el caso, lo cierto es que de esos momentos gloriosos entre la pluma y su dueño ocurre el coito literario y da como resultado hermosas criaturas.

Gabriela dejó "su huella en el universo" sus poemas continúan aflorando y perfumando las almas. El poema necesita un escribiente, el escribiente necesita un poema y cuando los dos se encuentran hacen el amor tangible en una hoja de papel, en una servilleta en la lonchería, de camino en tren, en el bus, en el ascensor donde nos sorprenda la "palabra" ahí está el poeta dispuesto a acariciarle la dermis.

Tal es el poema que ella escribió: ***"Una Palabra Yo tengo una palabra en la garganta y no la suelto, y no me libro de ella aunque me empuja su empellón de sangre. Si la soltase, quema el pasto vivo, sangra al cordero, hace caer al pájaro.".***

De estos simples versos surgen la impronta de la gran poeta chilena que ha trascendido el espacio y el tiempo.

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Impreso en Argentina